

A propósito de la corrupción 192

No están entre mis lecturas preferidas los *best sellers* de moda. Prefiero leerlos cuando ya han dejado de ser el comentario obligado de la sobremesa o de las crónicas literarias. Tal vez por eso se me había pasado inadvertido un libro que reeditó la Editorial Aconcagua en plena dictadura, cuyo título debe haber hecho pensar entonces que se trataba de un reportaje periodístico de actualidad. Su nombre es *La tiranía en Chile*, y su autor, Carlos Vicuña Fuentes.

Se trata de una detallada crónica del primer gobierno del general Carlos Ibáñez y de las circunstancias que lo llevaron al poder, crónica que el autor escribió durante su destierro en Argentina.

Más de alguien -seguramente los que fueron heridos por la lacerante pluma de Vicuña Fuentes- lo han llamado El Gran Injuriador que ha tenido Chile, pero apresurémonos en advertir que injuria y calumnia no son sinónimos. En la calumnia se miente, atentando contra el honor de una persona; en la injuria, en cambio, aunque también se atenta contra el honor de una persona insultándola, el insulto puede corresponder a atributos verdaderos del injuriado.

Leyendo el sabroso y apasionado libro de Carlos Vicuña Fuentes, que fue un gran orador, abogado y parlamentario, uno no puede menos que pensar en el so-corrído recurso a que acuden aquellos que pretenden diferir la calificación de una persona o de algún hecho actual, diciendo que debe esperarse el juicio definitivo de la historia.

¿Es que acaso la historia no miente, no se equivoca, no crea ídolos de pies de barro?

Por mucho que Vicuña Fuentes haya exagerado, no puede haber inventado todos los peculados, prevaricaciones y toda la corrupción que narra en su libro. Por otro lado, lo que más sorprende, es que los autores de esos manejos hayansido políticos, gobernantes y jueces de la época, cuyos nombres nos son familiares porque casi todos ellos han sido honrados poniéndoles sus nombres a nuestras principales avenidas y calles. ¿Y dónde queda la calle Carlos Vicuña Fuentes? Simplemente, esa calle no existe.

Pienso que sería conveniente que en este año de

elecciones, en que la oposición trata con gran ahínco de crear la imagen de que en Chile hay una corrupción generalizada, se reeditara *La Tiranía en Chile*, y que algún medio lo publicara en fascículos. Así, los catones de hoy verían que sus ilustres padres y abuelos, no obstante el juicio absolutorio de la historia que ellos mismos escribieron, no eran justamente cándidas palomas.

Todos sabemos que el poder corrompe a algunos, pero la corrupción se generaliza cuando se dispone del poder absoluto, cuando no existe una prensa que informe y que denuncie honestamente, y cuando no es posible investigar, castigar o absolver.

Afortunadamente, nadie en el Chile actual está escribiendo en el destierro los detalles y entretelones de una escandalosa corrupción, teniendo que esperar que el dictador caiga para poder publicar su libro. Nada de eso. Tenemos prensa, tenemos un Congreso, tenemos una opinión pública alerta sobre los excesos, tanto de los funcionarios públicos como de los que hacen denuncias.

En eso, al menos, se equivocó Jorge Manrique. No todo tiempo pasado fue mejor.



Santiago en tiempos de Carlos Ibáñez.